

ARRAYANES Y OTROS POEMAS

Víctor Gustavo Zonana*

ARRAYANES

Hace tres horas que vienen caminando. Con el guía son un poco más de treinta. Ya se han cantado todo *Sui Generis*, todo Gieco, las indispensables de Spinetta. Arriba el sol insiste furioso y algunos llevan el buzo amarrado en la cintura. Pero abajo una sombra verde protege el sendero y está agradable. Dejó atrás a Luis Enrique que se detiene a cada rato a recoger una piedrita distinta, una ramita con un líquen raro, una nueva muestra de agua en los frasquitos que le dio su papá visitador médico. Ahora camina junto a Laura. Están llegando. Ahí está la entrada, su sendero entablonado alrededor de los árboles. El guía comenta que es único en el mundo (hace poco desapareció el de Japón). Estos árboles nativos, escucha, tienen trescientos años. Carlos hubiese dicho que son como los Ent, de *El señor de los anillos*. Toca el tronco frío, y la corteza que se va descascarando, de color canela, intenso. Hay una casita de madera que le dicen de Walt Disney porque se cuenta que se inspiró en este bosque para *Bambi*. Ahora, detrás de la casita, cree identificar la voz del neurólogo infantil que conocerá dentro de cuarenta años. Sigue caminando. Por entre los troncos retorcidos, blancos y rojos, se deja ver, en remera, la neurocirujana que sentenció la drezotomía, o algo así. Vuelve León Gieco. Es raro que haya un señor vendiendo globos en este lugar pero se lo escucha nítidamente afirmar con amable firmeza: La prestación solo se reconoce al cien por ciento si se realiza en los centros adheridos por convenio a la red. Las flores son pequeñas y blancas, similares al azahar y con sus frutos violáceos los indígenas elaboraban chicha y dulce. Con las hojas, preparaban una infusión para calmar dolores y afecciones, concluye el guía. Un estribillo lo devuelve a la realidad:

* Poeta y doctor en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo (UNCu) y profesor asociado en la cátedra de Literatura Argentina II de la misma institución. Investigador independiente del CONICET. Correo electrónico: gustavo.zonana@gmail.com.

Grammar, XXIX, 61 (2018), pp. 121-123.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

Búsqüenme,
me encontrarán,
en el país
de la libertad.

CASA DEL LENGUAJE

¿Cómo vamos a pagar los gastos de Olga Orozco? preguntó el contador. Me incomodó el modo, pero no me enojé porque reconocí en su enojo otro enojo. Para mí no había dudas. Es cierto que viene desde lejos, contesté, pero no necesita avión ni hotel. Basta leer un poema. Y escucharla.

CASA SOÑADA

In memoriam Liliana Bodoc

La casa está en el centro. Cerca de todos los afectos: las abuelas, los tíos, los amigos de ayer, los de hoy, los que vendrán. En la esquina hay una estación de subte para ir a Santiago, Buenos Aires, Lima o Florianópolis en un santiamén. Tiene las plantas que dictan los buenos deseos y un lugar para cada futura profesión. La biblioteca guarda diccionarios de griego, latín, francés, lunfardo, milcallac, símbolos, barcos de la segunda guerra mundial, naves de Star Wars, mariposas, dinosaurios, seres imaginarios de la cultura universal. De tanto decirles, las medias entran solas en el lavarropas del lado que corresponde, las camisas se estiran hasta quedar planchadas, los pantalones ajustan, obedientes, sus ruedos. La acústica es perfecta: todos se escuchan sin tener que gritar ni mandar mensajes. En el techo hay filtraciones imperceptibles por donde se llueven las bendiciones y sube, en las noches, el humito de una oración.

TEMBLOR DE CIELO

De golpe, el cielo se ha puesto gris. A las siete treinta y cinco el directo acaba de pasar y el otro viene más lleno que de costumbre. No hay de dónde agarrarse. Es de esperar que no se detenga en la próxima, pero sí. Cuando dobla, se siente un ruido insoportable. Un cuello intenta escapar de su corbata. Un apunte estudiantil realiza maniobras para salir del bolso. El saco de enfrente muestra una lágrima. Llega tarde. El semáforo ha dejado de funcionar y un choque obstruye el paso. Frenada. Pierde el equilibrio, se reubica, penosamente, de a poco. Ah, no trae el maletín. Tranquilo... es un tema que ya ha dado. Ha empezado a llover. En la entrada al predio, unos policías detienen el tránsito. Hace tiempo que no sucede algo así. A lo mejor dejan pasar, piensa. Una

señora grita. El coche se detiene. Un policía sube. Se acaba de dar cuentas. Está en pelotas.

¡VA, VA, VA...!

Hay miradas implacables, para enseñar. Ayer, las tuyas me enseñaban a nadar.

Hoy es de noche. Percibo el frío del río. Aún me miran. Debo seguir.